

La LOTERIA

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

DIRECTOR: JOSE GUILLERMO BATALLA

REDACTOR JEFE: JUAN ANTONIO SUSTO

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
Portada: El doctor Belisario Porras en la inauguración de la Circunscripción de San Blas. (Mayo de 1915).	
Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia.....	2
Nota Editorial: Con motivo de una gira.....	3
Campeños de Océ, cuadro al óleo del Dr. José María Núñez Q.....	4
Presidentes de Panamá (Ingeniero Ernesto Jaén Guardia).....	5
Panamá en 1867, por Carlos Walker Martínez.....	6
Amores de Bolívar. II. María Teresa del Toro, la esposa del Libertador, por Ernesto J. Castillero R.....	7
Frases Históricas (Dejar hacer, dejar pasar), por Juan José Méndez.....	8
Una aventura que no se cumplió, por Juan O. Díaz Lewis.....	9
Cosas de España. La Caída de Don Juan, por Juan Antonio Susto.....	12
Barba Jacob en Panamá, por Rodrigo Miró.....	13
Después de la fiesta, (poesía), por Porfirio Barba Jacob.....	13
"Bernabela" (cuento), por Alberto Federico Alba.....	14
Página Poética:	
Nocturno (I y II), por José Guillermo Batalla.....	16
Ofrenda, por José Guillermo Batalla.....	17
El sorteo de la Lotería para el monumento al Dr. Porras. I. Por Remigio Ruiloba.....	18
El esclavo Juanilla el Gacho y su trono de piedra, por Matilde Obarrio de Mallet.....	19
La Provincia de Chiriquí, por Moritz Wagner. (Ojeada histórica sobre las investigaciones realizadas hasta el año de 1860).....	22
Avisos:	
Banco Agro-Pecuario.....	29
Banco Nacional de Panamá.....	29
Compañía Panameña de Fuerza y Luz.....	30
"La Estrella de Panamá".....	31
Caja de Seguro Social.....	32
Plan del Sorteo Extraordinario del 23 de Diciembre, 1945.....	
(Segunda página de la cubierta)	
Números favorecidos por la suerte de Enero a Septiembre de 1945.....	
(Tercera página de la cubierta)	
A los billeteros.....	
(Cuarta página de la cubierta)	

GERENTE:

Pedro Vidal Cedeño

SUBGERENTE:

Rolando de la Guardia

TESORERO:

Carlos M. Arango

JEFE DE CONTABILIDAD:

Heraclio Chandeck

SECRETARIO:

José A. Sierra

LA JUNTA DIRECTIVA DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Presidente:

Octavio A. Vallarino

MINISTRO DE TRABAJO, PREVISION SOCIAL Y SALUD PUBLICA.

Vice Presidente:

Beatriz de la G. de Jiménez

PRESIDENTA DE LA CRUZ ROJA NACIONAL.

Secretario:

José Antonio Sierra

DIRECTORES:

Juan Antonio Guizado

COMANDANTE DEL CUERPO DE BOMBEROS

Rev. Padre Arnoldo Aparicio

DIRECTOR DEL HOSPICIO DE HUERFANOS

Roberto F. Chiari

PRESIDENTE DE LA CAMARA DE COMERCIO, INDUSTRIAS
Y AGRICULTURA

Eduardo de Alba

GERENTE DEL BANCO NACIONAL,

Dr. Carlos E. Mendoza

SUPERINTENDENTE DEL HOSPITAL SANTO TOMAS

Editorial

CON MOTIVO DE UNA JIRA



En la noche del 29 del pasado mes de Septiembre tuvo lugar el certamen de la Escuela Experimental de Agricultura que el Gobierno mantiene en Divisa, acto que fue prestigiado con la presencia del Excmo. Señor Presidente de la República, de algunos miembros de su Gabinete y de varias otras personalidades de nuestro mundo político y social.

Con motivo de esta fiesta de graduación de los futuros conquistadores de nuestra potencialidad agrícola, tan indispensable para el aseguramiento del bienestar económico del país, nuestro Primer Mandatario dispuso aprovechar la oportunidad para hacer un recorrido por las principales poblaciones centrales hasta la histórica Capital de Veraguas. Y ha sido así como, en su afán plausible de percatarse personalmente de las más apremiantes necesidades de esos centros interioranos, y de enterarse de la marcha de los asuntos públicos mediante contacto directo con las autoridades de esos sectores, se le ha visto en las ciudades de Aguadulce, Parita, Chitré, Los Santos, Las Tablas y Santiago.

Por informes que hemos tenido de personas que acompañaron al Excmo. señor Presidente y de elementos del Interior con quienes hemos tenido ocasión de hablar, la corta jira del señor Jiménez ha resultado en extremo fructífera en dos de los aspectos principales de nuestra vida pública: en el que se relaciona con el desarrollo de las actividades gubernativas y el progreso material de esos sectores, y en lo que atañe a la paz anímica de que hoy día están disfrutando los moradores de esos lugares, paz del espíritu, sin la cual no sería posible el engrandecimiento de nuestra patria.

Por dondequiera que estuvo el Excmo. señor Presidente, se nos ha dicho, se le vió entrevistándose con los elementos más connotados, oficiales y particulares, de cada uno de los sitios recorridos, auscultándolo todo, y recibiendo cálidas y generales demostraciones de aprecio a su persona y a su gobierno.

Es que el país, tras un largo período de inquietudes perennes y de sobresaltos continuos, y luego de una etapa no menos deplorable de desquiciamiento legal, ansiaba la iniciación de un período de plena seguridad para los gobernados y de restauración jurídica del Estado. Y el señor Jiménez ha traído consigo, desde el comienzo de su gestión ejecutiva, el nuncio prometedor de que esas ansias de tranquilidad social y de reivindicaciones cívicas, casi unánimemente sentidas por todos los panameños, ha de tener bajo la égida de su Administración, el más satisfactorio cumplimiento. De aquí, pues, esas simpatías y ese respaldo entusiasta que ha encontrado a su paso por los lugares recorridos.

Para esta Institución, de que fue acusioso Gerente nuestro actual Primer Mandatario, son motivo de la mayor complacencia las referidas informaciones que le han sido suministradas al Director de esta Revista, y que ponen de manifiesto que en el país hay un despertar halagador en materia de realizaciones patrióticas, y que la ciudadanía se viene dando cuenta de que la nave estatal lleva piloto capacitado para conducirla a las riberas de la suspirada reconstrucción de la República.

J. G. B.

"BERNABELA"

Por ALBERTO FEDERICO ALBA

El día que en el colegio, haciendo un heroico esfuerzo, logré conseguir una mención honorífica, mi familia con trasportes de placer, tiró la casa por la ventana. Papá satisfecho por debajo de sus bigotes coloniales, dándome cariñosas palmaditas en la espalda, me deslizó una relumbrante moneda de a peso hasta el fondo del bolsillo. Al mismo tiempo que estas escenas tenían lugar, en otra aula del colegio de los Hermanos, otra muy parecida se desarrollaba, entre murmullos y cosquillas de alegría. Angel, el diablo encarnado en un cuerpo de 12 años, no se sabe por qué artes en el mundo, había logrado el puesto insólito de 18 entre los 21 que formaban la clase; además no había sido castigado, sino unas 6 veces durante la semana, o sea a castigo por día. Sus padres atontados de admiración, habíanle deslizado también otra plateada moneda de a peso.

Finalizadas las tiernas escenas de familias y el imprescindible basuqueo de las mamás arreboladas y cargadas de emoción, hubimos de encontrarnos el demonio de Angelito y yo. Un sólo pensamiento nos saltó a la mente al vernos; gastar aquel capital. Nada de helados, nada de cajitas de pinturas. Al circo, al circo, nos gritó nuestra personalidad de pésimos estudiantes.

La mona "Alicia", "Rodas" el lindo pony que bailaba el vals; "chai" el tigre de bengala y el niño culebra y la foca maromera, eran seres que conocíamos como si fueran de nuestra familia. Un día el domador de leones, nos permitió tocarle la cola al león en un descuido. Lo que gozamos en el circo, no es para descrito. Las maldades que se le ocurrieron al terrible Angelito, fueron el tormento de los vecinos de nuestros puestos de galería. Casi sin exagerar se puede decir que había la mar de ratos en que no sabía a donde enfocar con más cuidado la atención, si en las cabriolas de "Teddy" el payaso o si en Angelito para defenderse de él.

Un día sábado, después de la consabida clase de aritmética, mi amigo que en su grado correspondiente al mío, no había hecho otra cosa que pinchar con un alfiler a una de

esas pobres almas tan tranquilas y bondadosas que aparecen de vez en cuando en los colegios, súbitamente tuvo la inspiración de venir a mi encuentro para invitarme a ir al consabido circo.

—Oye, Alberto, vengo a invitarte para ir juntos a gastar unos reales mañana por la tarde.

—Hombre, le dije, pero se puede saber de dónde sacaremos plata para tí y para mí.

—Ni te ocupes, que yo he tirado bien mi plan, pero de todas maneras voy a satisfacer tu curiosidad: una mujer va a ser la pagana de esta invitación. Una mujer, le dije mirándole incrédulo. —Sí hombre, una mujer, es decir un ser hembra, entiendes? No has visto nunca uno de esos seres?

—Y quién es esa mujer o ser hembra, como le has llamado?

—La Tía Tranquila. Será posible que no recuerdes a Tía Tranquila? Aquella que vino al colegio con mamá, con un sombrero lleno de plumas, larga y delgada y sonriéndose hasta por los pelos.

—Haciendo memoria, finalmente recordé a la Tía Tranquila que vivía en Soná, rodeada de comodidades y del gusto por las costumbres de antaño: misa en las mañanas, punto de marca después del desayuno, piano a las 10, almuerzo; nuevamente el punto de marca sazonado con los comentarios de lo que le pasó a la gallina de doña Teodo y lo que le hicieron los hijos de Sarita. Todo esto lo recordé y además que tía Tranquila solía visitar la capital un par de veces al año, en las cuales visitas hacía derroche de desprendimiento y generosidad. Recordé así mismo el nombre cariñoso con que Angelito había rebautizado a la Tía Tranquila. Cuando Angelito hablaba de Tía Palo, era ella y nadie más el ser que deseaba mencionar.

—Esto proviene de Tía Palo.

—Con esto estaba enterado de que Angelito se refería a la dulce y sonriente Tía Tranquila.

—Como ya sabes: Tía Palo será la que

CAMPESINOS DE OCU



Cuadro al óleo del Dr. José María Núñez Q.

Lotería Nacional de Beneficencia

ES UNA EMPRESA NACIONAL DONDE UD. DEMUESTRA
SU PATRIOTISMO AYUDANDO A SOCORRER LAS
NECESIDADES DE LOS PANAMEÑOS NECESITADOS . . .

ES UNA EMPRESA HUMANA DONDE PUEDE HACER
FORTUNA AYUDANDO A LOS DESAFORTUNADOS

JUEGUE A LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

AMORES DE BOLIVAR

II

MARIA TERESA DEL TORO,

La esposa del Libertador.

Por E. J. CASTILLERO R.

Nos trasladamos a España, la vieja madre patria. Bolívar ha ido a educarse en la metrópoli del vasto imperio hispano, en cuya Corte se formaban los indianos ricos estudiando ciencias, leyes y milicia y adquiriendo roce social en los aristocráticos salones de la nobleza española.

En la refinada tertulia del Marqués de Ustáriz, conoció Bolívar a la sobrina de éste, la simpática María Teresa Rodríguez del Toro, "corazón angélico, dulce y melancólica figura que la historia deja en indecisa pe-

za con dicha señorita para evitar la falta que pudiera causar si falleciese sin sucesión, pues haciendo tal enlace, Dios querría darle un hijo que sirviese de apoyo a sus hermanos y de auxilio a sus tios".

En efecto, en mayo de 1802 contrajo matrimonio, y la feliz pareja salió para Venezuela donde Bolívar vivió casi medio año "rodeado de los objetos más caros de su amor, amante y amado, satisfechas las aspiraciones de su corazón sin que nada le faltara para ser feliz".

Las crónicas



son parcas en el relato

numbra, c

observa Cornelio Hispano.

"María Teresa sin ser bella —dice O'Leary— atraía con la dulzura de su carácter y su esmerada educación. Contaba algunos años más que Bolívar que, vehementemente en todos sus afectos, fue amante tan apasionado como amigo cariñoso y veía en Teresa, según sus propias palabras, joya sin tacha de inestimable valor. Su pasión fue correspondida".

Es el mismo Bolívar quien sin mayores detalles informa el 30 de septiembre de 1800 a su tío don Pedro el haberse "apasionado de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, hija de un paisano y aún pariente, determinando contraer alian-



Cuadro al óleo del Libertador, pintado por Epifanio Garay, que se encuentra en la Presidencia de la República de Panamá.

gracia, y a la temprana edad de diez y nueve años, Bolívar quedó viudo.

• • •

Abrumado por el dolor inmenso de esta pérdida prematura, y en medio de su justificada desesperación, fue entonces cuando él hizo la promesa de no contraer matrimonio en el resto de su vida. "Quise mucho a mi mu-

relato de este primer paso de la vida del futuro héroe, paso que, dado su trágico desenlace, fue decisivo para su porvenir grandioso, como él mismo observara más tarde.

Sábase que una fiebre maligna llevó en pocos días al sepulcro a la joven esposa sin que los cuidados solícitos del desesperado amante contuvieran su des-

fer—declaró en 1828—, y a su muerte juré no volverme a casar. He cumplido mi palabra. Si no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el General Bolívar, ni el Libertador, aunque comprendo que mi genio no era para ser Alcalde de San Mateo. La muerte de mi mujer me hizo seguir el carro de Marte en lugar del arado de Ceres”.

Esta desgracia alteró por completo sus

planes. Huérfano y viudo antes de cumplir los veinte años, para ahogar la pena de su soledad se dedicó con desenfreno a la vertiginosa y disipada existencia del libertino, buscando consuelo en los placeres mundanos que brindábale la sociedad europea, en cuyo ambiente saboreó los deleites del gran mundo y malgastó buena parte de su fortuna, arruinó su salud y casi pierde la existencia.

FRASES HISTÓRICAS

(DEJAR HACER Y DEJAR PASAR)

Por JUAN J. MENDEZ

Esta frase tan usada y de la cual se ha abusado tanto, parece haber sido en su origen un axioma de economía. Atribúyese a Quesnay, médico, cirujano y agrónomo de la época de Luis XV, que es tenido como el Jefe de la escuela de los economistas franceses. Entre las reformas propuestas por él cítase, sobre todo, la abolición del trabajo subsidiario, el libre cambio de granos y la supresión de las aduanas, es decir: *dejar hacer, dejar pasar*. Rechazaba de plano todos los impuestos indirectos y no admitía sino un impuesto único: el impuesto sobre inmuebles.

La máxima de Quesnay fué sostenida por Adán Smith, el más célebre de los economistas ingleses, cuya opinión, en efecto, que no puede haber trabajo productivo sin el libre comercio produce un efecto enteramente contrario. Según él, la intervención de los go-

rieros al que se proponen; deben evitar mezclarse en los asuntos de sus gobernados, limitándose a protegerlos, dejando el campo libre a la competencia, completa libertad al comercio interior y exterior, sin ponerle trabas con un sistema de aduanas, de prohibiciones y hasta de primas, que considera como dinero mal empleado.

La máxima *dejar hacer, dejar pasar*, ha perdido ya en el uso su primitivo sentido. En los últimos tiempos ha servido para calificar, sobre todo en política, todo el sistema que limite su acción a una práctica pasiva, enemigo de toda intervención, en una palabra, que niega la solidaridad entre los pueblos. Esas cuatro palabras que parecen ser la divisa de los malos gobiernos sirven a la oposición para usarlas como reproche a una administración débil e inconveniente.



Una Aventura Que No se Cumplió

Por JUAN O. DIAZ LEWIS

Era un día del verano de 1822. En la casa de don Juan de Herrera y Torres, en la Plaza del Triunfo, el trajinar era de colmena. Acababa de llegar a la ciudad un grupo de oficiales colombianos, miembros del Batallón del Alto Magdalena, encabezados por el distinguido Coronel José María de Córdoba.

Traían los citados oficiales la misión de organizar e l reclutamiento de tropa para formar el Batallón Primero del Istmo — que tan valientes hazañas llevaría a cabo en la campaña del Perú—, y las viejas familias de la ciudad rivalizaban en atenciones para con sus huéspedes. El Teniente Tomás Herrera, recién ingresado al ejército, vivamente deslumbrado por sus compañeros de armas, había invitado al Coronel de Córdoba a comer

a su casa esa noche, y había pedido a su madre, doña Francisca, hiciera preparativos extraordinarios para la cena, pues quería ofrecer a tan ilustre huésped las mejores atenciones. De ahí el insólito trajín de aquel día.

Entre las personas más atareadas de la casa estaba Isabelita, la esclava de confianza de doña Francisca. Le preocupaba

no tener tiempo suficiente para terminar todo lo que debía hacerse. Era Isabelita la esclava más linda y buena moza de las familias de "adentro". El señor Obispo la había regalado a doña Francisca cuando pequeña, para que acompañara en sus juegos a María Josefa, su hija. A los 18

años Isabelita se había convertido en una preciosa mulata de grandes ojos pardos, deliciosa piel acanelada, largas trenzas de un cabello negro ensortijado, y un cuerpo tan bien proporcionado que el señor Manuel Mejera, el viejo esclavo cuidador del portón, solía decir que ese cuerpo había sido hecho para llevar una pollera bien almidonada y cantadora. Y en verdad, las polleras de Isabelita fueron famosas en Panamá. Era de verla cuando salía los domingos



en la mañana llevando en pos de su ama la fina alfrombrito sobre la cual se arrojaba doña Francisca durante la misa. La pollera dominguera era de puro hilo de Irlanda y almidonada hasta tal punto que el menor movimiento de su bella forma provocaba toda clase de armoniosos runrunes.

Serían las seis de la tarde y estaba Isa-

belita casi por terminar sus innumerables faenas. Había supervigilado el aplanchado de los trajes y enaguas de las niñas; les había preparado el tibio baño, perfumado con agua de rosas y otras exquisitas esencias, y acababa de limpiar la vieja y pesada vajilla de plata. Sólo le faltaba ir al jardín del patio a cortar rosas de Taboga con que adornar la sala, para después ir a su cuarto a lavarse y ponerse una linda pollera de lujo, marcada con la labor de los Herrera, que las niñas le habían regalado para la Pascua y no había tenido ocasión de estrenar.

Una vez terminados estos quehaceres la hermosa esclava, dejando a su paso una estela de frou-frous y de agua de claveles, se dirigió al puesto que le correspondía al lado de la escalera y cerca de la puerta de entrada a la sala de recibo. En las noches de fiesta se colocaba allí una mesita cubierta de fino paño y un taburete donde se sentaba Isabelita para tomar los abrigos y mantillas de las damas y los sombreros y guantes de los caballeros.

Rato llevaba de estar allí cuando sintió descorrerse los grandes cerrojos de la puerta de entrada y oyó el acostumbrado "Alabao sea Dios" del señor Manuel. Luego pasos que resonaron a lo largo del zaguán y que ascendían la escalera. Levantóse Isabelita, se esponjó la falda de la pollera, y arreglóse las arandelas de la camisa y las gruesas trenzas cubiertas de jazmines para recibir al huésped. Como si viviese un cuento de aparecidos, se encontró frente a uno de los hombres más apuestos que en su vida vió. Alto y fornido, de fina cabellera ensortijada, clásica nariz, y fulgurantes y vivaces ojos que de un vistazo habían captado la hermosa figura de la joven, el Coronel José María de Córdoba. Tenía a la sazón veintidós años, una meritoria y brillante carrera militar, y una feliz historia galante, de donde nacía esa seguridad en sí mismo que era la envidia de sus compañeros.

—Muy buenas noches tenga usted, y bienvenido sea a esta casa, Coronel—dijo le la esclava, bajando tímida los ojos.

—Buenas noches a tí, y muchas gracias, muchacha.

Desabrochóse el cinturón del sable con muchísimo cuidado y lo entregó a la mulata junto con su emplumado sombrero. Al

cogerlos, Isabel sintió que algo le caía en la mano. No imaginaba siquiera que sería aquéllo, pero pensó que el gallardo guerrero la obsequiaba con una propina. Tan insistentemente la miraba que, turbándose por completo, Isabel se volvió a la mesita, donde colocó las cosas sin atreverse a ver lo que su mano escondía. Luego abrió la sala, y con voz entrecortada anunció al convidado, a quien ya aguardaban don Juan y su hijo Tomás. Cerró inmediatamente la puerta y descubrió el secreto de su mano. Cual un pequeño sol, un bello solitario de brillantes lanzaba fulgores. No tenía Isabelita joyas de esa clase, pero algunas había visto y podía apreciar el valor del regalo. Qué hacer? imposible quedárselo: enseguida vendrían mil preguntas inquiriendo por su origen; pero, era tan lindo el anillo, y era el Coronel tan buen mozo, que la mulata se dolía con sólo pensar que tendría que devolverlo.

Ella, a quien nunca importaron los hombres sentía ahora que las piernas le flaqueaban y que el corazón le tocaba a rebato cada vez que pensaba en el bello colombiano. Sentóse en el taburete, por no saber qué hacer. Mientras más pensaba, mayor era su nerviosidad. Al fin, creyó hallar la solución. Lo consultaría a doña Panchita, remedio para todas sus tribulaciones. Voló a la recámara de la señora. Por fortuna, allí estaba aún. Tocó suavemente la puerta.

—Quién es?—le oyó decir.

—Soy yo, mi ama; puedo entrar?

—Entra muchacha, por Dios.

Cual un gatito asustado, Isabelita penetró al amplio cuarto. Frente al espejo, doña Francisca arreglábase los pliegues de la mantilla. Lucía bellísima con su elegante traje de tafetán negro, y su hermoso y antiguo relicario.

—Llegó el Coronel Córdoba?—dijo.

Y volviéndose hacia la muchacha:

—Pero qué te pasa, hija? Estás como si hubieras visto un ánima!

—Pues, verá usted, mi ama. El señor Coronel, pues... me ha dado... es decir... se le ha salido del dedo...

—Qué estás hablando, muchacha? Apúrate y dime que te pasa, que tengo que salir.

—Lo que quiero decirle no sé cómo de-

círselo. Al coger el sombrero y el sable del señor, me ha dejado esto en la mano— y le mostró el anillo.

—Jesús, hija; el peligro se retire. Y para qué ha hecho eso? Ya le decía yo a Herrera que te estabas poniendo demasiado bonita para estar soltera. Y tú, qué le dijiste?

Yo, nada. Sólo le dí las buenas noches y lo anuncié a don Juan y al niño Tomás.

—Dáme acá esa sortija y vete a tu cuarto. Y dile a una de las muchachas que ayude en la mesa que tú te sientes mal.

La bella dama recogió su abanico y salió del cuarto.

Después de las presentaciones usuales, y luego de tomar el añejo Jerez, pasaron los comensales al comedor. Durante toda la comida buscó doña Francisca la manera de devolverle el anillo al bravo militar. Pero éste, ducho conservador que era, no dejó de hablar a las señoritas Herrera y al joven Tomás, haciendo el relato de sus campañas, y rindiendo exaltado tributo al genio del Libertador. Al fin terminó la comida, y, luego de levantarse, el Coronel, como era de rigor, ofreció su brazo a la dueña de la casa. Aquí vió la señora la ocasión esperada.

—Coronel, debe usted aprovechar su estada en Panamá para mandar a componer este anillo que parece no ajustarle bien. Me dice la muchacha que, al entregarle el sombrero y el sable, se le ha caído de la mano—y le alargó la sortija.

Acostumbrado a batallas de esta clase, Córdoba ni se inmutó. Sonriendo, y cortésmente, contestó a su anfitriona:

—Mi señora doña Francisca, no se me ha silido del dedo. Es que ví a su esclava tan linda que quise regalárselo.

—No, Coronel; el anillo es demasiado bueno para regalárselo a mi muchacha y ella demasiado buena para aceptarlo. Téngalo usted y muchas gracias.

Así quedó en agraz la promesa de una nueva aventura en la historia galante del joven Coronel.

Ochenta años más tarde moría en su pequeña casita del barrio de Chiriquí, soltera y virgen, una viejecita de almidonadas polleras y blancas trenzas. Era la niña Isabelita, esclava que fue de don Juan de Herrera y Torres.



En un Pabellón de Maternidad del Hospital Santo Tomás, Institución que sostiene la Lotería.

LA CAIDA DE DON JUAN

Por JUAN ANTONIO SUSTO

El drama religioso-fantástico que estrenó Carlos Latorre en Madrid, ha servido para continuar esta leyenda tan profundamente castiza, donde se retrata el carácter de los hispanos. El "Don Juan Tenorio", historia o leyenda, tiene algo muy español que no ha de borrarse en el transcurso de los años. En los primeros días de este mes de Noviembre, aparece en España en todos los teatros.

Ayer se representaba en el teatro Tamerlick, de Vigo, el drama zorrillesco por la compañía de Valentín Vargas, quien encarnaba la terrible figura del conquistador; el papel de doña Inés estaba a cargo de actriz Antonia Herero, muy conocida en Sevilla por haber actuado en el Teatro Lloront con la primera actriz Rosario Pino.

La representación llegaba al cuarto acto. Don Juan había declamado magistralmente, encantando a los de Vigo, que envidiaban la belleza de doña Inés con el hábito de novicia. Llegó el momento del rapto. Don Juan tomó a doña Inés desmayada en sus brazos. Pero como los años no pasan en vano y desde entonces ha llovido mucho, la humanidad de la inocente doncella debió ser carga tan pesada para su conquis-

tador, que éste resbaló, cayendo al suelo y rodando hasta la concha, mientras la novicia se veía obligada a volver de su desmayo porque había sido despedida violentamente, desde los brazos de su fracasado raptor hasta el bendito suelo.

Doña Inés (Señora Herrero) resultó lesionada en diferentes partes del cuerpo, de tal manera que hubo necesidad de suspender la representación.

"El Liberal" en su edición de esta mañana titula el caso con el mote de "La ancianidad de Don Juan". Alguien dijo que "don Juan Tenorio ha trazado en Sevilla el capítulo de una novela de aventuras que nadie ha terminado aún, porque la empieza cada español que nace", pero yo creo que con la caída de Don Juan, la era romántica, la de la pandereta y de las castañuelas sea un signo cabalístico para que ella desaparezca. El toreo, el arte por excelencia del pueblo español no tiene en la actualidad un representante autorizado. Sánchez Mejías y el Gallo le dan los adioses, quien sabe si los postreros, al arte de Francuelo...

Sevilla, 4 de Noviembre de 1923.

DATOS CURIOSOS DE LA LOTERIA

0000—No ha salido.
1111—No ha salido.
2222—No ha salido.
3333—Salió el 25 de Octubre, 1945 — Tercer Premio.
4444—Salió el 18 de Marzo, 1945 — Primer Premio.
5555—No ha salido.
6666—No ha salido.
7777—Salió el 5 de Agosto, 1923 — Primer Premio.
8888—Salió el 15 de Marzo, 1925 — Primer Premio.
9999—Salió el 22 de Octubre, 1930 — Primer Premio.

BARBA JACOB EN PANAMA

Por RODRIGO MIRO

El Istmo ha sido tierra de singulares destinos, aunque en ello nada tenga que ver la industria de los panameños. Puente natural entre dos Continentes, ruta obligada hacia todos los rumbos, aquí sucedieron hechos memorables, por aquí pasaron hombres de todos los confines. Y aquí se ha ido escribiendo, acaso sin quererlo, pero no por eso menos lleno de colorido y vivacidad, un curioso capítulo de la literatura universal, capítulo que aguarda paciente su cronista necesario.

Ya en los días primeros del descubrimiento y conquista de América, la incipiente colonia panameña, campo de ensayo para aprendices de conquistador, fué incubadora de cronistas hazañosos. Alguna vez, a la sombra de un frondoso Panamá, Pascual de Andagoya y Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo y Francisco de Jerez pudieron tejer la trama de una charla de las mil maravillas. En su retiro de Taboga, pudo asimismo Alonso de Ercilla escribir unas cuantas docenas de sus famosas octavas. Y otros poetas trotamundos de la época dejaron, también, en viejos

papeles olvidados, la emoción de un instante panameño.

Después, el rauda pasar de los grandes de América. Julio Arboleda logró, hacia mediados del pasado siglo, encender la llama de una fugaz tertulia literaria, de que fué hierofante natural. Un día Montalvo alojó su rebeldía y la castiza opulencia de su prosa en las páginas de "La Estrella de Panamá". Otro día la voz sangrante de Martí elevó su mensaje desde la atalaya del Istmo. Y no tardó en aparecer Darío, en la mirada juvenil brillando el misterio nuevo de la poesía española. Y pasaron otros más, entre ellos Miguel Angel Osorio, es decir, Ricardo Arenales, es decir, Main Ximénez, es decir, Porfirio Barba Jacob, el gran poeta colombiano muerto en Febrero de 1942 en la tierra del bravo Díaz Mirón. Aquí hizo amistades, aquí vivió momentos de su bohemia. Y nos regaló con sus poemas, alguno de los cuales, éste que hoy reproducimos, parece haber quedado en el olvido. Lo publicó "El Herald del Istmo" en su número 65, del 20 de Septiembre de 1906.

DESPUES DE LA FIESTA

*Mi abuelo me ha reñido... porque tiene ochenta años
y el cabello y las barbas como leve algodón,
y las piernas delgadas y los ojos huraños
y de noche le acosan las nostalgias de sol...*

*Mi abuelo me ha reñido porque tiene ochenta años
y en las manos seniles un ligero temblor.
Pobrecito el abuelo cuando caiga una tarde
ó con óleo de estrellas se unja el viejo pomar*

*y por ocho mañanas un dolor me acobarde
y me esté quince días sin reír ni bailar...
pobrecito el abuelo cuando caiga una tarde
ó con óleo de estrellas se unja el viejo pomar.*

*Mi abuelo me ha reñido porque tengo veinte años
y la barba apenas me comienza a salir,
porque tengo diez novias, por mis juegos extraños,
por mis risas alegres, porque batío el schottis...*

*Mi abuelito me riñe porque tengo veinte años
y la barba, muy negra, me comienza a salir...*

RICARDO ARENALES.

pague mañana en la tarde. Procura estar a las tres en punto a la entrada de La Profesional.

Al día siguiente a las 3 en punto, montaba guardia al pie del muro del famoso colegio de Señoritas.

Angel, escoltado por la tía Palo, no tardó en destacarse de entre el nutrido público que venía hacia el circo.

Llegados, nos saludamos; la Tía Palo muy solícita, por poco si me besa y resuelta y conquistada, nos preguntó: —Bueno, muchachos, por donde comenzamos?

—Angelito, ese monumento de previsión, en todo había pensado. Agil como una ardilla, saltó a la conversación y en medio de gestos y de seriedades imposibles, comenzó a dar el programa: primero, entrada al circo, tomar allí asientos en primera o segundo fila, mejor segunda que primera; luego compra de varios paquetes de maní, de serpientes de papel de las que se soplan y se desenrollan; tercero, hacia el puesto de helados y un poco más tarde, un par de tiros de aro por mirar si podemos pescar unos buenos premios. En los intermedios, visitas al niño culebra, a los leones, los payasos y las jirafas.

—Era irresistible el programa lanzado con aplomo, seriedad y gestos propios. Instalado, Tía Tranquila, Angelito y yo, un pellizco vino a recordarme la existencia de Angelito como vecino; al tratar de devolvérselo, mimoso, me susurró al oído; es que deseo que mires a la tía Palo; parece que estuviera sentada, ya sabes dónde, y haciendo, puedes imaginarte qué. Era irreverente el tal Angel, pero acertado.

—Al trasladarnos de nuestros sitios a la venta de helados, tropezamos por casualidad con "Juanito", el amaestrador de chinchas. Juanito lucía magnífico, enfundados sus dos metros y tanto de canillas, en unos pantalones verdes justos y recamados de alamares dorados y con su chaqueta roja con gorgüera de menudos encajes de Guipur. Juanito complaciente, nos miró al par que enseñaba tentador, un circo en miniatura, que estaba sobre una mesa. La imaginación frondosa de Angelito, le llevó enseguida al borde del diminuto circo desde donde nos llamó, súbitamente interesado. Vamos a quedarnos aquí Tía Tranquila.

—Realmente tranquila, la buena tía, obe-

deció igual que yo, al mandato del sultán, y así fué como cuando menos esperábamos, toda nuestra atención estaba pendiente de un curioso baile ejecutado por las chinchas, amaestradas: grupos, parejas reverencias, carreritas y hasta una estrella: "Bernabela", forzaba nuestra atención hacia sus gracias ejecutadas al compás de una mazurca de una caja de música. En esto estábamos, cuando uno de esos borrachos que nunca faltan, se llegó hasta el mínimo circo de las chinchas, dió un traspíe y vino a dar con su cuerpo justamente sobre el borde de la mesa, ladeando y desparamando los cartones sobre los cuales danzaban las alimañas. Los gritos de Juanito fueron horribles. Rápido trató de reunir a toda velocidad su familia de chinchas, cuando advirtió que "Bernabela" faltaba. Veloz, acostumbrado a las inquisitivas miradas exploratorias, miró en torno abalanzándose sin más, al pudibundo escote de tía Tranquila.

"Bernabela" se deslizaba raudo por aquellas regiones en busca talvez de alguna sombra protectora. El susto de tía Palo fue inmenso; empalideció y de su frente salía un manantial inagotable de sudores; pero la satisfacción de Juanito era tan grande, que no hubo forma de entablar explicaciones.

Entonces el amaestrador, como para echar tierra a las oscuras escenas del borracho, anunció con su voz más insinuante:

—Y ahora, señoras y señores, "Bernabela" la hechicera, va a ejecutar con sus dos patas de atrás, "la muerte del cisne". Mudos de espectación pendíamos de las patitas de "Bernabela".

A ver "Bernabela" sube por el alfiler hasta el extremo.

—La carrera que pegó "Bernabela" hacia el más cercano rincón sombreado, estuvo a punto de enloquecer a Juanito. Pálido de asombro extrajo del bolsillo de su chaqueta ajustada, un enorme lente de aumento, el que disparó hasta la esquina en donde la chinche asustada, yacía inmóvil. Entonces Juanito, inesperadamente tranquilo y elegante, extrajo de su bolsillo un par de menudas pinzas, tomó con delicadeza el cuerpo parduzco y aplastado de la chinche y lo depositó sobre los encajes del cuello de tía Tranquila, al tiempo que le decía: "perdone Ud. señora, esta chinche es la suya, no es mi "Bernabela".

NOCTURNO

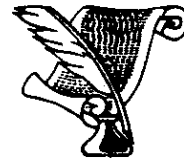
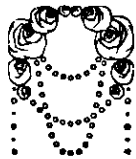
I

*Esta noche de invierno, pavorosa y sombría
como la angustia acerba que mi espíritu roe,
esta noche en que canta su ténébre elegía
en mi interior el cuervo fatídico de Poe.*

*esta noche en que azota la lluvia los cristales
del aposento en donde fuiste dueña y señora
y en el que todavía se advierten las señales
de tu exquisito gusto, ¡cómo te rememora*

*mi pensamiento! ¡cómo mi corazón te llama,
y mi frente rugosa tu cancia reclama,
y mi cuerpo aterido tus colores desea...!*

*En vano! Ni un alivio para mi pena honda!
Ni una voz dulce y pía que al llamado respondal
¡Qué soledad tan triste la que mi sér rodeal*



Por JOSE GUILLERMO BATALLA

II

*¡Cómo en las crudas noches de invierno florecía
el rosal milagroso de nuestras ilusiones,
otrora, cuando el fuego de la pasión ardía
en el santuario augusto de nuestros corazones!*

*No recuerdas? Afuera la monótona lluvia;
por cada trueno un mimo y un apretón estrecho;
y al brillar del relámpago tu cabecita rubia
buscando el tibio amparo de mi amoroso pecho.*

*Desde entonces qué ha sido de tí? No sé. Lo ignoro
Quizás en esta noche nostálgico en que añoro
tiempos viejos que guardan el perfume elocuente
de lo que nunca muere, de lo que no se olvida,
también, también tu evoques, sola y entristecida,
el triunfador halago de mi ternura ardiente.*

OFRENDA

*Aborrecerte yo? Descendería
del alto pedestal de mi nobleza
si llegara a incurrir en la torpeza
de odiarte porque dejas de ser mía.*

*Qué culpa tienes tú si la ambrosía
con que endulcé mi cálida ternura
no satisfizo a tu naturaleza,
como la nieve de las cumbres, fría?*

*Mira si te aborrezco o si te culpo
que sobre el mármol de tu amor esculpo
así el resumen de tan corta historia:*

*"Pasó por el Mar Rojo de mi anhelo
como si fuera un témpano de hielo
y sin dejar siquiera una memoria".*



EL SORTEO DE LA LOTERIA PARA EL MONUMENTO AL DR. PORRAS

Por REMIGIO RUILOBA

I

Para nosotros que en nuestras rebeldías hemos perdido la fé en los hombres y en las cosas; para nosotros a quienes el bronce estatuario y la blancura del mármol que realza la estatua de caudillos, nos llena de tristezas ante las realidades de los vacíos de la Historia; para nosotros que quisiéramos a golpe de mazo destruir tantas estatuas que perpetúan memorias infecundas de valores negativos de triste pasado, nuestro brazo se detiene hoy para trocar el mazo demoledor, en afilado cincel que debe perfilar la efigie del ilustre patricio Dr. Belisario Porras, constructor de la República de Panamá, quien merece el más grande monumento a su personalidad que se agiganta en el andar del tiempo para empequeñecer a sucesores en el Poder que, ya como, liberales, ya como hombres de acción sólo han dado muestras, con raras excepciones, de incapacidad administrativa.

Para nosotros repetimos, que consideramos todo esfuerzo que hagamos los panameños para perpetuar la memoria del Dr. Porras, pequeño ante la magnitud de su obra de construcción nacional, daremos todo apoyo al Sorteo extraordinario de la Lotería Nacional de Beneficencia, obligación reverente del pueblo panameño, para arbitrar los fondos de la erección del mencionado monumento, y no se diga que la indiferencia de un pueblo desagrado no supo erigirlo para el hombre que fué el más grande de nuestros contemporáneos, la figura más conspicua de nuestros Presidentes, el primero en las guerras intestinas, el primero en la construcción de la República y el único que supo vivir en el cora-

zón del pueblo, porque supo ser Jefe, ser ídolo dentro de sus defectos de lo fallible humano, quizá mal comprendido el gran demócrata.

Justo, muy justo es que siendo la Lotería Nacional de Beneficencia su obra, su anhelo patriótico realizado en beneficio de la caridad pública, que es servir a su pueblo, que de su misma obra salga el valor del monumento a su memoria, como un desagravio a ese gran hombre que murió con el alma repleta de amarguras, porque no se le permitió morir en su Hospital! No hubo un lecho allí para reclinar en sus últimos momentos, como era su deseo, su cabeza que tuvo tantos sueños realizados de grandezas.

El Excmo. Señor Presidente de la República, Don Enrique A. Jiménez tan noble, tan generoso como consecuente, testigo fiel de los desvelos del Dr. Porras para engrandecer su país y servir a sus conciudadanos, ha autorizado al Sorteo Extraordinario de la Lotería, sorteo que el pueblo debe tomar íntegro para que nada se venda en el exterior, como muestra de gratitud al mejor servidor que ha tenido el pueblo de Panamá.

Si la Lotería Nacional de Beneficencia fuera la única obra que el Dr. Porras hubiera realizado en favor de este país, eso fuera suficiente monumento para vivir en el grato recuerdo de la posteridad.

Todo ciudadano debe comprar su billete del dicho sorteo para dicho monumento.

Proteja a la Lotería Nacional

y protéjase usted mismo

comprando billetes de la Lotería Nacional de Beneficencia

El Esclavo Juanillo el Gacho y su Trono de Piedra

Por LADY MATILDE OBARRIO DE MALLET

Don José Manuel Arce y Maoño, noble español de la ciudad de Santander, Señor de Puente de Arce, fue el hijo de Dn. Juan Manuel, un descendiente del famoso Don Diego de Arze Reinoso "Gran Inquisidor" de España. Vino a esta capital del Reino de Tierra Firme en el año 1773 y compró

mitia al esclavo contar la historia de sus años de aventuras.

Juan Godoy se llamó dicho esclavo; cojo, de cabellos grises, con una enorme nariz clata y bozudo, su grotesca apariencia era completada por la total ausencia de ambas orejas, por lo que se le conoció con



Doña Matilde de Obarrio viuda de Mallet,
fundadora de la Cruz Roja Nacional en Febrero de 1917.

muchos esclavos, algunos de los cuales le costaron considerable suma de dinero y fueron traídos de tierras lejanas. Entre estos esclavos, que servían a su amo en las haciendas, en las plantaciones y en los quehaceres de la casa, el favorito fue un horrible negro. Respetado y amado por los otros esclavos, gozaba de varios privilegios debido a la bondad de su amo quien, por la noche, cuando se reunía la familia, le per-

el nombre de Juanillo "el Gacho", o sea Juanillo sin orejas.

Juanillo no había tenido una juventud muy tranquila, y la pérdida de sus orejas así lo atestiguaba. El monarca español había expedido un decreto ordenando que todos los esclavos fugitivos que fueran aprehendidos, debían ser mutilados en esta cruel forma, como castigo por la falta. Algunos de estos fugitivos se habían organizado en bandas conocidas como **cimarrones**, y se ha-